

Derechos Humanos o algo parecido a un acto de fe

La Declaración Universal de los Derechos Humanos, que cumple hoy 75 años, es la conciencia de que los Estados no tienen un poder absoluto sobre sus ciudadanos

CARLOS GIL ANDRÉS Profesor de historia. IES Inventor Cosme García de Logroño

A veces la historia se concentra en un lugar como si fuera un imán. Suceden tantos acontecimientos en poco tiempo que parece que se amontonan. El Palacio Chaillot de París, situado entre la plaza y los jardines de Trocadero, con las mejores vistas sobre la Torre Eiffel, al otro lado del Sena, es uno de esos lugares.

El Palacio fue inaugurado en la primavera de 1937 como sede de la Exposición Internacional de las Artes y las Técnicas. Era la exhibición inconsciente de una civilización europea que caminaba sin freno hacia la Segunda Guerra Mundial. Allí, en el pabellón español, se vio por primera vez el *Guernica* de Picasso, el grito de ayuda de la República que se convertiría en un símbolo universal contra la violencia bélica. Apenas tres años después, en junio de 1940, Adolf Hitler se fotografió en el mismo escenario, triunfante, con media Europa rendida a los pies de la esvástica nazi. En el verano de 1944 las imágenes de la fiesta de la liberación de París dieron la vuelta al mundo como el principio del fin de aquella pesadilla. Y cuatro años más tarde, el 10 de diciembre de 1948, la tercera sesión plenaria de la Asamblea General de la ONU, nacida sobre las ruinas y el espanto de aquella barbarie de sesenta millones de muertos, culminaba 82 días de debates en el Palacio Chaillot con la aprobación de la Resolución 217A (III): la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Allí, sobre la suave colina de los jardines de Trocadero, está todo el horror y toda la esperanza del siglo XX que hemos heredado.

Eran casi las 12 de la noche de aquel viernes 10 de diciembre de 1948 cuando, por fin, después de votar por separado cada considerando del preámbulo y cada uno de los 30 artículos, los delegados de los 58 países que entonces tenía la ONU aprobaron el texto entero de la DUDH. Se contaron 48 votos a favor, 8 abstenciones (sobre todo de los países del bloque comunista) y 2 ausencias. Era el final de dos años largos de debates, de comisión en comisión, en sesiones de trabajo interminables, discusiones, negociaciones y cientos de enmiendas sobre cada frase, alrededor de cada palabra. Un logro formidable si tenemos en cuenta la tensión política que se respiraba en el contexto inter-

nacional, el clima de división y enfrentamiento militar de las grandes potencias. 1948 fue el año del asesinato de Gandhi, la primera guerra Árabe-Israelí, los ensayos de bombas atómicas en el Pacífico, el comienzo del conflicto de Corea, el Plan Marschall, el puente aéreo para salvar el bloqueo de Berlín. La Guerra Fría estallaba con toda su crudeza y las Naciones Unidas declaraban, a contrarreloj, que «la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e

parte de la ONU, que la Asamblea General había condenado a la dictadura franquista precisamente por violar los derechos humanos más fundamentales.

Han pasado 75 años desde entonces. Ya estamos en el lejano mañana que imaginaba Eleanor Roosevelt, protagonista destacada del logro de 1948: «El futuro pertenece a quienes creen en la naturaleza de sus sueños». Y seguimos soñando. La DUDH tropieza con muchos Estados que le niegan cualquier valor jurídico. Los tribunales internacionales apenas pueden hacer frente a las violaciones de los derechos humanos que se producen cada día. En muchos lugares, los artículos de la Declaración son poco más que un referente moral. Pero no todo ha sido en vano.

Esos 30 artículos han servido de modelo para promulgar muchas normas, constituciones y leyes nacionales. Han contribuido a extender la conciencia de que los Estados no tienen un poder absoluto sobre sus ciudadanos, de que los seres humanos poseen derechos que están por encima de las organizaciones políticas, las fronteras y las banderas.

Tenemos que recordar que hemos nacido en un país sólo por casualidad. Recordar lo que escribía Tony Judt en el último libro que publicó, *El refugio de la memoria*, hace más de una década: «Con el tiempo, esas lealtades fieramente incondicionales —a un país, a Dios, a una idea o a un hombre— han llegado a aterrorizarme. La fina capa de la civilización reposa sobre lo que bien podría ser una fe ilusoria en nuestra humanidad común. Pero, ilusoria o no, haríamos bien en aferrarnos a ella. Ciertamente es esa fe —y las restricciones que impone a la mala conducta humana— la que debe anteponerse en tiempo de guerra o de malestar social».

Eso es la DUDH, algo parecido a un acto de fe. Una fe sin religión. Poco más que un papel escrito, sí. Pero no hay nada tan frágil y tan duro como un papel. Se rompe por nada y lo resiste todo. La humanidad entera es ese papel maltratado. En algunos sitios es un suelo sobre el que pisar firme; en otros, apenas un cielo al que aspirar. En todas partes, la línea del horizonte.



ILUSTRACIÓN SR. GARCÍA

«Eso es la DUDH...
En algunos sitios es un suelo
sobre el que pisar firme;
en otros, apenas un
cielo al que aspirar»

inalienables de todos los miembros de la familia humana». Vaya familia.

Para Carlos Sentís, periodista español enviado en aquellos días a París por la Agencia Efe, la DUDH había salido adelante porque en nada obligaba a los firmantes: «Nada cuesta votar resoluciones teóricas, y teóricas serán siempre estas resoluciones que protegen la libertad (...) del individuo humano, mientras a un paquete entero de países le suena todo esto a música de verbena». Se refería a los países del bloque soviético. Al periodista, falangista de pro, se olvidaba mencionar en sus crónicas, publicadas en La Rioja, un pequeño detalle: que España no formaba

CARTAS A LA DIRECTORA

Las cartas no deberán superar las quince líneas (1.000 caracteres con espacios) y tendrán que incluir el nombre, apellidos, dirección y un número de teléfono del remitente. Diario LA RIOJA se reserva el derecho a extractarlas. Correo electrónico: cartas@larioja.com

Un parque eólico en la vecina Labraza

Labraza, la vecina población alavesa, el núcleo amurallado más pequeño de Euskadi, pelagra por la instalación de un parque eólico, una idea aberrante aunque rentable para Iberdrola y el Gobierno vasco. Hasta aquí no llega la fibra (no es posible realizar teletrabajo), no hay antenas de telefonía que den cobertura de calidad, la carretera de acceso es estrecha, bastante deteriorada y mal señalizada. Aunque esto ha conseguido desmoralizar a los ochenta habitantes de Labraza, luchadores incansables frente a los inconvenientes que conlleva vivir en una población tan pequeña, de escasos recursos y olvidada por todos.

Lo que sí tenemos es viento; tan molesto la mayoría de las veces, es un tesoro para Iberdrola y el Gobierno vasco que no han dudado en unir fuerzas para la construcción de un parque eólico de molinos de 200 metros a escasos 1.000 metros de las viviendas, iniciativa apoyada por el Ayuntamiento de Oyón, que acaba de darse cuenta que Labraza existe y se relame, sin ningún pudor, honestidad y moralidad, con apropiarse del Impuesto de Construcciones y Obras.

¿A quién le importa cómo quede la villa medieval considerada Conjunto Histórico Artístico, con un premio Mundial de Ciudades Amuralladas y con un bosque de 50 hectáreas de pino carrasco o halepensis, el más occidental de Europa? Pues, señores, sepan que a la mayoría de los habitantes de Labraza les importa y mucho, y no cejarán en su empeño de luchar contra estas instalaciones con un importante impacto medioambiental, con modificaciones en el paisaje, fauna y flora y con el consiguiente impacto negativo en la salud de las personas.

Marian Ruiz-Carrillo

Periodista, toma y lee

Entre los efectos colaterales del genocidio que se está perpetrando en Gaza están las decenas de periodistas asesinados. ¿No es hora de que los profesionales riojanos de la información alcemos la voz y la pluma por encima del cotidiano acontecer para solidarizarnos con quienes arriesgan su vida —y la pierden— por querer contar la verdad de lo que allí está ocurriendo?

Oigo a los voceros de Israel declarar al secretario general de la ONU «enemigo de la paz» y pienso: ¿De parte de quién estamos?

José Manuel Calzada

cartas@larioja.com